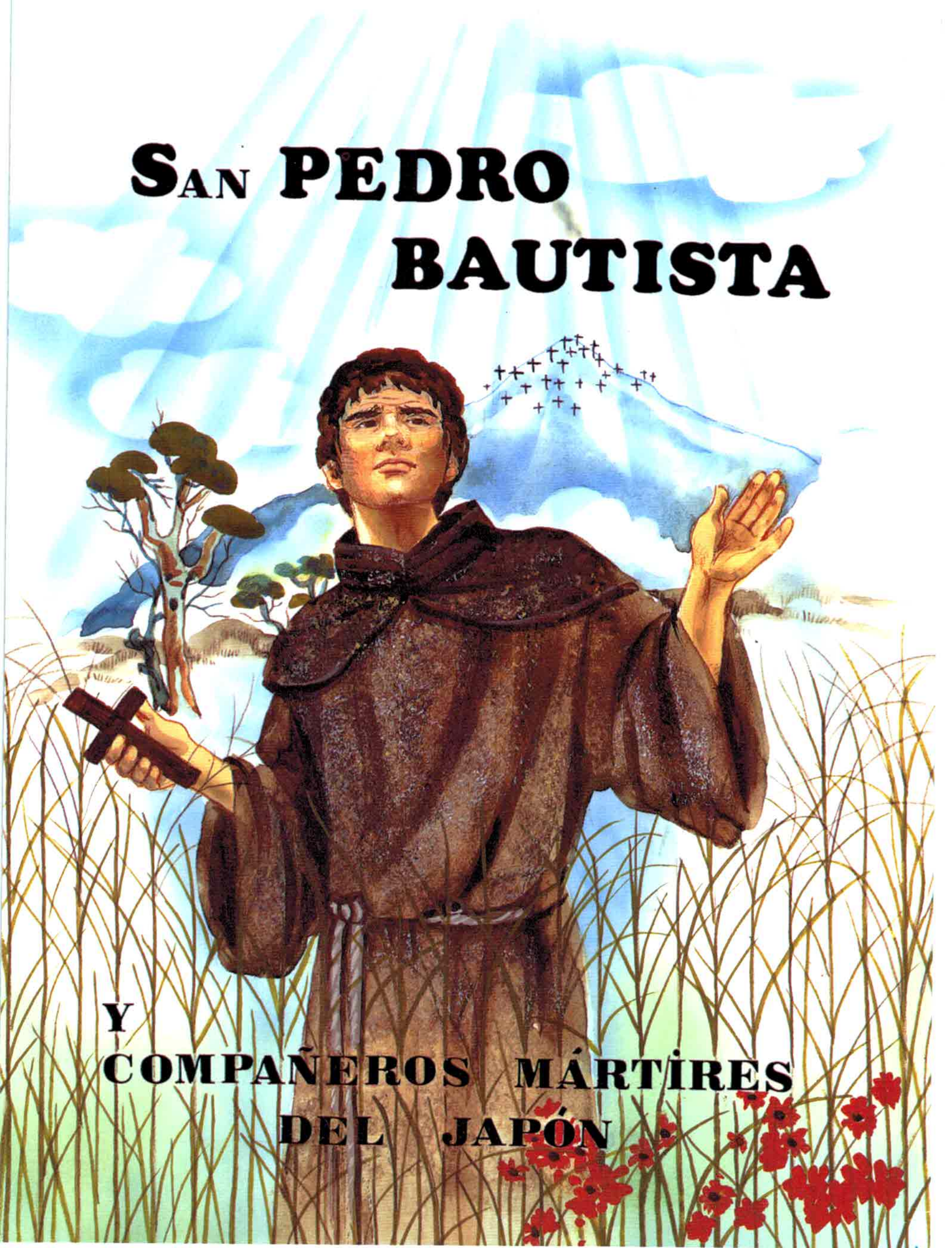
SAN PEDRO BAUTISTA

Y COMPAÑEROS MÁRTIRES DEL JAPÓN



SAN PEDRO BAUTISTA Y COMPAÑEROS MÁRTIRES DEL JAPÓN

Fray Antonio Corredor García
O.F.M.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

El cristianismo en el Japón

El gran apóstol de las Indias, San Francisco Javier (1506-1552), predicó la fe cristiana en el Japón, la tierra del sol naciente.

La cosecha fue abundante, pero ya en 1587, el feroz Taikosama, alegando diversos motivos, promovió la persecución contra los cristianos.

En 1593, arriban al Japón, desde Filipinas, en calidad de embajadores del rey Felipe II, el Padre Fray Pedro Bautista y tres compañeros más.

Los frailes fueron bien recibidos por Taikosama y les concedió permanecer en el Japón por tiempo indefinido.

La idea que llevaban era firmar un tratado de paz con el Japón y asegurar los derechos de España en Filipinas.

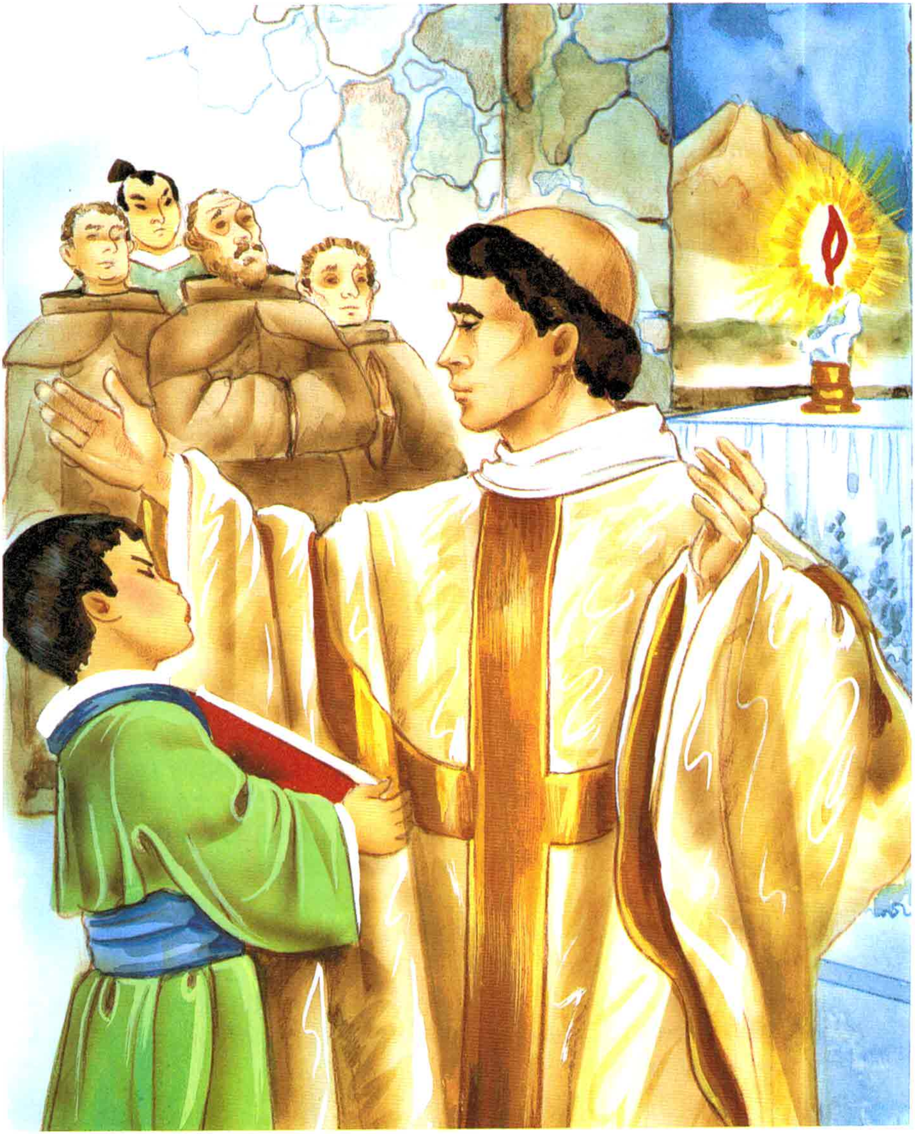
Los franciscanos fundaron en Kyoto una iglesia y dos hospitales, donde atendían a los enfermos, a los leprosos y a los niños abandonados.

Taikosama sabía todo esto y les permitía celebrar misa, tener otros actos religiosos y tocar las campanas, como si estuvieran en España.

Había amainado la persecución y la religión avanzaba, contándose por parte de la Compañía de Jesús unos trescientos mil cristianos, y por parte de los franciscanos, en tres años y medio de evangelización, unos ciento veinticinco mil.

Pero de pronto cambió la idea de aquel gran dictador, pues los bonzos le habían hecho creer que España, entonces tan temida, lo que pretendía por medio de los misioneros y de los cristianos, era apoderarse del Japón.

Y así, en los primeros días de diciembre de 1596 por un edicto del Emperador, queda prohibido el cristianismo en todo el territorio japonés.



Arrecia la persecución contra los misioneros

El 8 de diciembre, en Osaka y Meako, pusieron guardias en los conventos de jesuitas y franciscanos.

Pero los religiosos, de puertas adentro, continuaron celebrando la misa y los divinos oficios.

El Padre bautista dijo su última misa el jueves, 2 de enero de 1597.

Por la tarde, mientras la comunidad estaba rezando en la iglesia, entraron cuarenta soldados para llevárselos a la cárcel.

Nadie puso resistencia, al contrario, comenzaron a cantar el «Te Deum» para dar gracias a Dios.

Entre los dos conventos, eran seis franciscanos y tres jesuitas japoneses, el principal de ellos, el Hermano Pablo Miki, catequista muy conocido.

Hay que añadir quince cristianos más, todos pertenecientes a la Tercera Orden de San Francisco.

Como nota simpática y edificante, mencionaremos a tres niños, monaguillos y ayudantes de los frailes: Luis, de 12 años, Antonio, de 13 y Tomás de 14, que se empeñaron en seguir a los Padres para morir también por Jesús.

Los mártires, llenos de santa alegría, mientras eran conducidos con las manos amarradas atrás, no cesaron de entonar cánticos religiosos.

Al llegar a la prisión, habló el Hermano Pablo y dijo: «Yo tengo treinta y tres años, la edad en que Nuestro Señor sufrió la Pasión. Hoy es el día de Jesús, a cuya Compañía pertenezco, aunque indigno. Y pues dicen que para el viernes hemos de ser ajusticiados, me alegro mucho de imitar, aunque no lo merezco, en este poco a mi Señor Jesucristo, que tanto por mí padeció».

Recorren los prisioneros ochocientos kilómetros hasta llegar a Nagasaki

Al día siguiente, como exhibición y escarmiento, sacaron a los mártires a la plaza y les cortaron el lóbulo de la oreja izquierda.

El jovencito Tomás, mostrándole la oreja al verdugo que se la cortó, le dijo:

–«Hártate bien de sangre de cristianos, y, si quieres más, corta».

En ocho carretas pasearon a los prisioneros por toda la ciudad.

El Padre Pedro predicaba y los tres niños cantaban en voz alta el Padrenuestro, el Avemaría y otras oraciones.

Ochocientos kilómetros distan de Osaka a Nagasaki, y los mártires los recorrieron por mar y por tierra, en pleno invierno japonés, casi siempre a pie, muy mal tratados por los soldados que, de cuando en cuando, los apaleaban, sobre todo al Padre Pedro, a quien pegaron varias veces, haciéndolo llorar.

Durante el largo trayecto, que duró veintiséis días, el Padre Pedro escribió algunas cartas. En ellas dice:

«La sentencia que se dio la traen públicamente delante de nosotros, escrita en una tabla».

«Dice que porque hemos predicado la ley de Nauan contra el mandato de Taikosama, y que, en llegando a Nagasaki, nos crucifiquen».

«Por lo cual estamos muy alegres y consolados en el Señor, pues que, por predicar su ley, perdemos las vidas».

«Por amor de Dios pedimos todos con mucho fervor oren por nosotros».

«Adiós, hermanos carísimos, que no hay lugar para más. Hasta el cielo. Acordaos de mí».

セイヌ

Hanzaburo, responsable de la ejecución, intenta librar a los niños de la muerte.

Llegan los mártires a Nagasaki, y la noche del 4 al 5 de febrero, la pasan en barcos descubiertos, hasta que, por la mañana temprano, los conducen a la colina, donde se levantaban ya las veintiséis cruces, pues habían arrestado a dos cristianos más.

La gente, ansiando contemplar la sangrienta escena, atropelló a los mismos guardias.

Entretanto, Hanzaburo intentaba librar a los niños, y al pequeño Luis le decía:

–Tu vida está ahora en mis manos. Si me quieres servir, te salvaré.

–Yo no ordeno nada sobre mí –contestó el niño– sino lo que ordenare el Padre Fray Pedro.

–Si él te salva la vida, con tal de que te deje vivir como cristiano, dile que aceptas –advirtió el Padre Pedro.

–Entonces no –replicó Hanzaburo–, sino con la condición de que has de dejar la ley de los cristianos.

–De esa manera –advirtió el niño– no quiero la vida; porque no es razón que yo cambie una vida que no tiene fin, por otra breve que luego se acaba.

Y corrió derecho a abrazar a su maestro, el Padre Bautista, y le decía:

–¿Dejar yo a Jesús, que me abre las puertas del paraíso y envía a sus ángeles para que me traigan la corona del Martirio? ¡Jamás!

Y Tomás, abrazado fuertemente a su padre, Tomás Cosaki, también mártir, no cesaba de repetir:

–Quiero seguir a mi padre: él me ha dado la vida en este valle de lágrimas y he de seguirle a la vida feliz de la gloria.

Los niños edifican hasta a sus mismos verdugos

Antonio, natural del mismo Nagasaki, se encontró allí con sus padres. Estos, aunque cristianos, con voz entrecortada, besándolo y acariciándolo, le rogaban que cediese:

–Hijo, no mueras en una edad tan temprana. No te han de faltar ocasiones para morir mártir. Mira que somos ancianos y no podremos resistir golpe tan terrible.

El niño, con la fortaleza que da el Espíritu Santo a los confesores de la fe, en esas ocasiones, replicaba:

–Padres queridísimos, adiós. Abrazadme por última vez antes de que suba al Cielo. Conservad la fe cristiana para que un día vengáis a juntaros conmigo y bendecidme. Tomad el vestido: os lo dejo como recuerdo mío.

Dice un historiador que el mismo Hanzaburo acabó por llorar amargamente, viendo la fortaleza de aquellos pequeños héroes.

Las cruces estaban separadas unas de otras como unos cinco pasos.

Cada cruz tenía dos travesaños horizontales. El de arriba era para sujetar las manos y el de abajo para poner los pies.

Sobre cada cruz se leía el nombre del mártir al que iba destinada.

Se acercan los mártires, en procesión, hacia las cruces.

Un soldado iba delante a caballo, llevando en la mano la sentencia de muerte y pregonando en alta voz que Taikosama los hacía crucificar por ser cristianos.

De pronto Luis se separó del lado del Padre Pedro y corrió hasta Hanzaburo, y, con graciosa ingenuidad, le preguntó:

–Señor, ¿cuál es mi cruz? Mostrádmela para abrazarla y estrecharla contra mi corazón.

Son colgados los mártires de sus respectivas cruces

Hanzaburo callaba. No podía hablar por la emoción. Pero un soldado se la mostró.

Entonces, el pequeño mártir echó a correr hacia ella, la abrazó y la besó mil veces, y así permaneció hasta el momento en que vinieron los verdugos para atarlos a ella.

Lo mismo hicieron Tomás, Antonio y los otros mártires.

Luis y Antonio fueron colocados junto al Padre Pedro.

A las diez de la mañana de aquel miércoles, cinco de febrero de 1597, estaban ya todos en sus cruces, atados por brazos y piernas, y puestas en sus pies, manos y garganta, las correspondientes argollas de hierro.

Fray Pedro entonó el «Te Deum» en acción de gracias, cantándolo todos alegremente.

El Hermano Pablo Miki, al ver la multitud que los rodeaba de españoles, portugueses y soldados, manifestó lo siguiente:

«La sentencia de condenación dice que estos hombres vinieron al japón desde Filipinas. Pero yo no he venido de ningún país. Yo soy japonés.

»La única razón por la cual se me mata es porque he enseñado la doctrina de Cristo. Doy gracias a Dios de que esta sea la causa por la cual muero.

»Yo obedezco a Cristo y, según su ejemplo, perdono a mis verdugos. No les guardo rencor.

»Pido a Dios que tenga compasión de todos vosotros, y espero que mi sangre caiga sobre mi patria cual lluvia bienhechora».

El Hermano Pablo Miki guardó silencio, pues otros mártires también hablaban a diversos grupos de la multitud.

ALABAD EL NOMBRE DEL SEÑOR

Los héroes de Cristo entonan desde las cruces diversos cánticos

El pequeño Antonio, desde la cruz, dirigiéndose al padre Pedro, le pregunta:

–Padre, ¿cantamos ya el salmo «Alabad, niños, al Señor»?

El buen Padre, absorto en la contemplación de la muerte, nada respondió.

Entonces Antonio se puso a cantar solo, como lo hacía en la iglesia de los franciscanos.

Al oírlo Luis, contestó con su fresca y argentina voz:

–«Alabad el nombre del Señor».

Tomás prosiguió desde su cruz más lejana:

–«Sea bendito el nombre del Señor ahora y por siempre».

Y los tres terminaron el salmo que habían aprendido y entonado tantas veces en la catequesis.

La muerte la producían de la siguiente manera: El verdugo arremetía al crucificado con una lanza, entrándola por el lado derecho, para que tocara el corazón y saliera por el lado izquierdo.

Otras veces eran dos verdugos, que cruzaban sus lanzas dentro del cuerpo, sacándolas por los hombros.

Luego comenzaba a correr un chorro de sangre de las heridas, y enseguida el cuerpo, estremeciéndose, moría.

De los veintiséis mártires, el primero en morir fue Fray Felipe de Jesús, que acababa de llegar de Méjico y recibiría pronto las sagradas órdenes, pero el Señor le envió a cambio la corona del martirio. Murió pronunciando los nombres de Jesús y de María.

Los tres niños iban a comenzar otro canto, pero sus tiernos cuerpecitos se estremecieron al sentir las lanzadas de los verdugos.

El Padre Pedro Bautista fue el último en morir por Cristo

El último en morir fue el Padre Pedro, satisfecho de ver que aquel heroico grupo de mártires habían dado sus vidas por Nuestro Señor.

No cesaba de predicar a los fieles y de exhortar a los paganos a que se convirtieran.

Después de perdonar a sus verdugos, fue alanceado, y quedó en sus labios dibujada una celestial sonrisa.

A las doce de ese día del cinco de febrero, ya todos los mártires habían entregado sus vidas por la fe de Jesucristo.

Varios meses permanecieron los cuerpos de los mártires incorruptos y pendientes de las cruces, observándose en ellos ciertos fenómenos extraordinarios, como luces brillantísimas sobre sus cuerpos, como consta en la Bula de Canonización.

Al día siguiente del martirio, volvieron los cristianos al lugar de la crucifixión para adquirir reliquias.

Los cuerpos de los crucificados continuaban en su lugar, menos los del Padre Pedro Bautista y el de su monaguillo Antoñito.

A la misma hora, en cambio, otros fieles vieron en la iglesia de los franciscanos al padre en actitud de celebrar el santo sacrificio y a Antoñito, vestido con su roquete, ayudándole.

El viernes, 18 de abril, a las dos de la tarde, a los setenta y dos días después del sagrado martirio, estando mucha gente arrodillada y rezando delante de los santos mártires, súbitamente comenzó a correr sangre del cuerpo del Padre Pedro Bautista, empapando hasta el suelo.

Inmensa fue la muchedumbre que acudió a contemplar tal prodigio.

Nombres de los santos mártires

A los nueve meses de permanecer incorruptos los santos mártires en sus respectivas cruces, el Gobernador de Manila envió una embajada a Taikosama con el fin de llevárse los sagrados cuerpos, cosa que le concedió.

Los nombres de los mártires, según el orden en que fueron colocados, mirando hacia la ciudad, de derecha a izquierda, son éstos: 1, San Francisco Ichi, carpintero de los franciscanos; 2, San Cosme Takeya, forjador de espadas, catequista; 3, San Pedro Sukejiro, que socorrió a los mártires en su peregrinación; 4, San Miguel Kosaki, de 46 años, con su hijo Tomás, también mártir; 5, San Diego Kisai, de 64 años; 6, San Pablo Miki, de 33 años, catequista; 7, San Pablo Ibaraki, que vivía muy pobremente; 8, San Juan de Gotoo, de 19 años; 9, San Luis Ibaraki, el benajmín de los mártires, con 12 años de edad; 10, San Antonio Deynan, de 13 años, acólito; 11, San Pedro Bautista, Comisario de los franciscanos de 48 años de edad; 12, San Martín de la Ascensión, de 30 años; 13, San Felipe de Jesús, de 24 años; 14, San Gonzalo García, de 40 años; 15, San Francisco Blanco, de Monterrey, Galicia; 16, San francisco de San miguel, de 53 años; 17, San Matías de Meako, que se ofreció voluntariamente al martirio, en lugar de otro Matías que buscaban; 18, San León Karasumaru, catequista; 19, San Buenaventura, natural de Kyoto; 20, Santo Tomás Kosaki, de 14 años; 21, San oaquín Sokakibara, de 40 años, cocinero; 22, San Francisco de Kyoto, de 48 años, médico; 23, Santo Tomás Denki, farmacéutico; 24, San Juan Kinuya, de 28 años, tejedor de seda; 25, San Gabriel de Ise, de 19 años, catequista; 26, San Pablo Susuki, de 49 años, catequista.

San Pablo Miki y otros dos compañeros jesuitas

El Hermano Miki era hijo de un valeroso capitán , que lo llevó a los Padres Jesuitas, para su educación, en el seminario de Osaka. Después, a los veintidós años, ingresó en la Compañía.

Como estaba muy bien preparado, hacía mucho fruto en sus predicaciones.

Al ser encarcelado, la primera noche se la pasó hablando, con los malhechores, de la inmortalidad del alma, del premio o pena que los hombres han de tener e esta o en la otra vida, de la Pasión de Nuestro Señor y de cómo había que creer en El para salvarse.

También habló a todos de la dignidad y valor del martirio, haciéndolo con tanta elocuencia y fervor que los guardias y gentiles estaban admirados.

Camino del calvario, Juan de Gotoo se encontró frente a su padre, que venía a despedirse de su hijo. Le entregó, como recuerdo, un rosario para él y un pañuelo para su padre.

Diego Kisai, marcha también con paso firme. Parece que le da fuerzas el librito que lleva pegado a su corazón, copiado por él: la Pasión del Señor.

En Urakami, a dos kilómetros de Nagasaki, esperaba el padre Passio a los tres Hermanos jesuitas. Pablo Miki se confesó con él, y lo mismo hicieron Juan y Diego, a los cuales admitió definitivamente en la Compañía de Jesús.

Las últimas palabras del Hermano Pablo Miki en la cruz, fueron éstas: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu». Y «Salid a mi encuentro, Santos del Señor».

San Pedro Bautista y otros cinco franciscanos

San Pedro Bautista y los otros cinco franciscanos pertenecían a los Observantes Descalzos.

San Pedro nació el 24 de junio de 1542 en San Esteban del Valle (Ávila).

Estudió en Salamanca, y, a los veintidós años, vistió el hábito franciscano en Arenas de San Pedro.

Misionó en Méjico y Filipinas, pasando, en 1593, al japón como embajador del Rey Católico ante Taikosama.

Cuando el Padre Pedro lo amarraron a la cruz, pidió que lo clavasen, para morir semejante a Jesucristo, pero no se lo concedieron.

Según iban muriendo los veinticinco mártires, a todos bendecía.

Por fin, mientras pronunciaba las palabras «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», fue alanceado, volando su alma al Señor a los 55 años de edad.

San Martín de la Ascensión pertenecía a noble familia vizcaína.

Estudió en Alcalá y entró de franciscano a los 18 años.

Desde la cruz, pronunció un discurso sobre las excelencias del martirio.

Y, al terminar el salmo: «Alabad al Señor todas las gentes», fue alanceado, y, desprendiéndose dentro el hierro de la lanza, le rompieron el pecho para sacárselo, muriendo a los 30 años.

San Francisco Blanco era natural de Galicia.

Estudió en Salamanca y, siendo todavía clérigo, lo enviaron a Méjico, donde cantó misa.

Cuando, colgado en la cruz, vio venir la lanza, comenzó a cantar: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», volando al cielo a los 28 años de edad.

Son elevados los santos mártires al honor de los altares

San Felipe de Jesús nació en Méjico, de padres españoles, en 1571.

Llevó una juventud bastante turbulenta, pero, por fin, en Manila, tomó, en 1594, el hábito de San Francisco.

Como llegó al Japón por avería de la nao San Felipe«, solía decir: «Se perdió el "San Felipe" para hallar a Fray Felipe».

San Gonzalo garcía nació en la India, de padre portugués y madre hindú.

El 7 de junio de 1587, entró de franciscano en Manila, en calidad de Hermano no clérigo.

Como conocía bien el japonés, por haber sido catequista con los Padres Jesuitas, acompañó, en 1593, al Padre Pedro Bautista en su embajada.

En el camino, desde Kyoto hasta Nagasaki, sufrió mucho, porque le dieron un golpe en el brazo, tenía llagas en los pies y padecía de asma.

En la cruz no cesó de rezar el Padrenuestro y el Avemaría. Tenía 40 años de edad.

San Francisco de San Miguel se hizo franciscano en Valladolid, a los 21 años de edad,

En 1593, acompañó al Japón al santo Comisario Fray Pedro, al que sirvió siempre hasta la muerte.

Los otros diecisiete mártires eran todos terciarios franciscanos.

En 1625, el papa Urbano VIII procedió a su beatificación, y, el 18 de junio de 1862, Pío IX los inscribió en el catálogo de los Santos.

¡SANTOS MÁRTIRES DEL JAPÓN,
ROGAD POR NOSOTROS!

CON LICENCIA ECLESIASTICA·